



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Juan Gil: Retrato en negro del Clero del siglo XIII

Autor:

Martín, José Luis

Revista:

ANALES DE HISTORIA ANTIGUA, MEDIEVAL Y MODERNA

1995, 28 - 147-155



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

JUAN GIL: RETRATO EN NEGRO DEL CLERO DEL SIGLO XIII

por

José Luis Martín

Universidad Nacional de Educación a Distancia - Madrid

Entre las numerosas obras del franciscano Juan Gil de Zamora que escribió en esta ciudad a fines del siglo XIII¹ merece especial atención el **Dictaminis Epithalamium** o **Arte de Escribir**² dedicado a cuantos han hecho de la predicación y la enseñanza su modo de vida³. En esta obra ofrece Juan Gil un completo manual, con enseñanzas todavía válidas, para el escritor de cartas al que se ilustra desde el comienzo -las palabras- hasta el final -la carta acabada y lista para ser enviada-, según puede verse por el índice de la obra, dividida en seis partes o capítulos de los que los cuatro primeros están dedicados a las palabras, tanto si éstas son de alabanza (1 y 2) como de vituperio (3 y 4); la división en dos partes de alabanzas y críticas se justifica porque primero se ofrece una visión general de las palabras que han de emplearse y después se especifican los términos más apropiados para referirse a quien practica determinadas virtudes o a quien es siervo de vicios concretos. En el apartado general de palabras laudatorias se distinguen las referidas a la forma de ser y a la manera de actuar, las que

¹ Sobre la personalidad y obra de Juan Gil pueden verse los recientes trabajos de Jenaro COSTAS, **Juan Gil. Alabanzas e historia de Zamora**, Zamora 1994, y de Avelino DOMINGUEZ GARCIA y Luis GARCIA BALLESTER, **Johannes Aegidius Zamorensis (Juan Gil de Zamora) Historia Naturalis**, Valladolid 1994.

² El estudio y la edición latina de esta obra han sido realizados por Charles FAULHABER, **Juan Gil de Zamora. Dictaminis Epithalamium**, Pisa 1978.

³ El sentido de este tipo de obras aparece claramente expuesto en el prólogo de Juan Gil: **... El Arte de hablar exige mucho trabajo, estudio constante, ejercicios múltiples, altísima prudencia y experto consejo... Me preguntas por palabras dulces, útiles y honestas de las que puedas servirte al redactar cartas, dirigirte a personas ilustres, combatir los vicios, preparar sermones y dirigir sutilmente las discusiones...** (El texto completo de este prólogo podrá verse en su día en mi obra **Juan Gil de Zamora. Maremagnum de escrituras, Dictaminis Epithalamium, Libro de las personas ilustres, Formación del príncipe**, Zamora 1995

sirven para describir la actuación de príncipes y reyes y las apropiadas para dirigirse a los prelados; y entre las virtudes que “tienen” sus propias palabras figuran las de caridad, sencillez, paciencia, pobreza, paz, obediencia, vergüenza, fortaleza, sabiduría, doctrina, solicitud, misericordia, desprecio del mundo, oración y contemplación. Los vicios parecen ser del dominio exclusivo de los clérigos y la parte general incluye tres arengas a los prelados: sobre la forma de actuar, la reforma de las costumbres y sobre la adulación y los aduladores; los vicios que se combaten son los practicados por aduladores, borrachos, ociosos, negociantes, malos ricos, envidiosos, soberbios, golosos, avaros, detractores, traidores, duros de corazón y clérigos cazadores.

Todas estas partes caben en el apartado general de **Antecedentes**, o parte básica que abre el camino a la segunda, **Integrantes** (capítulo 5), partes que forman una carta, desde el saludo, la forma de iniciar el relato (con un nombre concreto, mediante pronombres, con un verbo, con un participio, con fórmulas mixtas o mediante un sincategorema), la petición o contenido del escrito, hasta los ruegos y conclusiones finales. El sexto y último capítulo ofrece modelos de cartas acabadas para las más diversas necesidades o intereses: Cartas de amor y dilección, de consuelo, de condolencia, de exhortación o inducción al bien, de invitación al orden, laudatorias, de obediencia y aceptación, de quejas y lamentos, de reprensión, de recomendación, de petición de ayuda, testamentos y cartas de venta, que pueden servir de guía para un mejor conocimiento de la sociedad o, al menos, de las relaciones entre sus miembros.

Como buen hombre medieval, Juan Gil toma párrafos o cartas completas de unos y otros, citando o sin citar al autor⁴, y la organización del “taller” de Juan Gil le ha permitido encontrar párrafos enteros y copiarlos directamente en el **Dictaminis**, en la **Historia de España** y, posiblemente en otros trabajos⁵. En ocasiones, Juan Gil se aparta de los modelos “europeos” y copia saluciones zamoranas como la dirigida

⁴ El detenido estudio de FAULHABER nos exime de entrar en el análisis de las fuentes de Juan Gil.

⁵ Juan Gil es autor de numerosas obras todas las cuales parten de un fondo común ordenado alfabéticamente del que se sacan los nombres de los reyes, de los emperadores o de las ciudades para escribir la Historia de Zamora o de España, el nombre de Jesús o de María para escribir sus vidas, el de Mahoma si hay que hablar de los musulmanes..., y muy pocas de sus obras escapan a esta consideración alfabético-enciclopédica que le permite utilizar su “fichero” en obras aparentemente diferentes: en su Historia de España pueden verse los consejos que da Juan Gil al infante Sancho IV, y los mismos se repiten en el **Dictaminis** aunque ahora se dirija no a un rey sino a un prelado; a uno y otro se recomienda se muestre **devoto con los religiosos, blando con los menores, equilibrado con los iguales, riguroso con los soberbios, benigno con los humildes, misericordioso para quienes piden, inflexible con los obstinados. Sed como Jehú para los incestuosos, Matatías para los apóstatas, Finés para los fornicadores, Elías para los idólatras, Pedro para los mentirosos, Pablo para los blasfemos, David para quienes impugnan nuestra fe.** Juan Gil no sólo es consciente de la ambivalencia de los consejos sino que lo señala a su interlocutor cuando dice: **Puedes utilizar estas y parecidas palabras, cambiados los casos y las personas, en la alabanza de los santos, de varones perfectos y de otras nobles personas.**

por el papa Alejandro al abad de Moreruela o por diversas personas al obispo y a diversos miembros del cabildo zamorano o escritas por personajes de Zamora a otras personas y en ocasiones se pone él mismo como protagonista-escritor de cartas aunque la referencia personal no pasa del saludo pues inmediatamente sigue cualquiera de los modelos conocidos. Como muestra puede servir la primera de las cartas de consuelo dirigida por **frater I. Egidii a viro venerabili N. Zemoensi archidiacono**, en la que el texto está copiado literalmente, o la siguiente carta consolatoria en la que Juan Gil copia al pie de la letra, dirigida a Alfonso X, la enviada a Enrique II de Inglaterra...⁶.

Pese al seguimiento de modelos europeos, hasta cierto punto asépticos, las cartas traslucen la personalidad de Juan Gil que, consciente o inconscientemente -no olvidemos su condición de franciscano, más próximo a los fieles que a la jerarquía y disconforme con el modo de vida de numerosos clérigos-, reserva a los clérigos como protagonistas exclusivos los capítulos tercero y cuarto de su **Dictaminis Epithalamium**, dedicados a las palabras que pueden y deben emplearse para describir los vicios, según hemos señalado anteriormente⁷. No es posible en un artículo de esta naturaleza reproducir la totalidad de los textos "anticlericales" de Juan Gil, pero dado el interés que las arengas tienen, incluso en los tiempos actuales, ofrezco al lector una traducción lo más fiel posible al espíritu y a las palabras empleadas por Juan Gil, al que bien podemos llamar **maestro de la palabra**, según podrá observar el lector que analice la primera de las arengas.

Menor interés, desde este punto de vista, tienen las páginas dedicadas a analizar los vicios particulares en las que predominan las citas de los textos bíblicos, de los padres de la Iglesia o de personajes como Cicerón sobre cuyas palabras construye Juan Gil la introducción al capítulo cuarto y el apartado dedicado a los clérigos aduladores que termina con las siguientes palabras: **Como dice Tulio en el tratado De Amicicia, no hay en la amistad mayor peste que la adulación, el halago y el servilismo. Este vicio es propio de hombres débiles y mentirosos, dispuestos a hablar de todo, nunca la verdad.** Tras acumular textos bíblicos sobre el riesgo del vino desde los tiempos de Noé, Juan Gil llama la atención de los clérigos con las siguientes palabras: **Y tú que te habías entregado, según oigo, a la disciplina de la milicia y a los libros, cambiaste los códices por los cálices, convertiste el escribir en beber de modo que, lo digo con dolor, ahora eres considerado más egregio bebedor que renombrado disputador eras tenido antes** y textos de todo tipo le permiten fustigar a los ociosos, a los clérigos que **compran a bajo precio para vender más caro**, a los ricos que olvidan que **el pobre justo desprecia las riquezas y nada le falta pues le basta Dios, mientras el rico, hijo de la avaricia, servidor de Mammón, esclavo del dinero, encuentra en él más temor y miseria que el placer que la riqueza le proporciona.**

⁶ Remito una vez más al estudio de FAULHABER.

⁷ En el capítulo primero dedicado a las palabras laudatorias se incluye una **Descriptio Generalis in amonicionibus prelatorum**, que es amonestación más que alabanza de prelados, especialmente si la comparamos con las descripciones de los príncipes que la preceden. Incluyo el texto junto con las arengas citadas.

Los envidiosos son anametizados con versos de Ovidio tras los cuales Juan Gil recuerda que la envidia es hija de la pusilanimidad, que **la malicia inflama el fuego de la envidia en aquello en lo que uno se considera inferior y menor**, a los soberbios les dirá que **vaga e incierta es la generación del hombre y mientras alguno se considera hijo de un príncipe no es sino hijo de un cocinero e histrión**, o que ante Cristo el título más precioso es el de la pobreza. A quienes pretenden descender de quien no descienden para situarse por encima de su origen social están dirigidas las siguientes palabras: **Escucha, miserable; escucha, sucesor del viejo Adán, cabeza frágil, barro soluble, piel mortecina, vaso de podredumbre, yesca de pecado, pasto de los gusanos...** Frente a los golosos propone el ejemplo de los santos, de médicos como Hipócrates o Galeno, del emperador Augusto o de Sócrates en cuya boca pone que **mientras otros viven para comer y beber, el comía y bebía para dar satisfacción a la naturaleza y soportar el paso de la vida frágil**. Recomienda a los avaros que abran sus corazones y sus paneras a los pobres y les increpa furioso: **¿Por qué no te avergüenzas, el más perdido de los hombres, pues tu nombre se vuelve contra los pueblos, tu avaricia daña a la tierra, nadie escucha tus mensajes, difamas el oficio pastoral mientras todos te proclaman gravísimo exactor y usurero público?**

A los difamadores y maledicentes dirá que sólo el Señor juzga a los suyos; **¿Quién eres tú para juzgar al siervo ajeno?**, y con el Salmista les amenaza: **Pondré las agudas flechas del poderoso contra la lengua dolosa, maldita, grandilocuente, estéril, disoluta. Hablaré contra los silbidos de la serpiente antigua, pues en lengua habla quien en otro tiempo habló como serpiente. La lengua difamatoria es lengua viperina; pasa sin sentir y daña gravemente. La lengua es un miembro pequeño, pero lleno de veneno mortífero. Si alguien se considera religioso y no tiene cuidado de su lengua, vana y nula es su religión. Te consideras religioso porque vistes el hábito de la religión, pero santidad y lengua viperina no pueden estar juntas...** A los traidores, que tienen como modelo máximo a Judas, recordará que de nada les sirve el bien que hayan hecho mientras sigan en la traición. A los clérigos más atraídos por el siglo, por la ciencia o por la familia, que por la tierra prometida, les será útil recordar que **Dios, señor de las ciencias, aborrece el error de la filosofía gentil, de los que sois imitadores, y acepta la pureza de conciencia del cristiano**; y los que se sienten atraídos por la familia deberán recordar que lo único que importa es salvar el alma y no ponerla en peligro por los amigos o familiares.

Sobre los clérigos cazadores y la opinión que le merecen, Juan Gil se manifiesta claramente: **repasad la lista de los santos desde el principio del mundo, llegad a los patriarcas, acercaos a los jefes militares, bajad hasta los jueces, revisad la vida de los santos reyes, profetas y sacerdotes. No hallaréis ninguno que se haya dedicado a la caza. Leí de un santo pescador -dice Jerónimo- nunca de un santo cazador...** Si nos remontamos a la invención y al comienzo del arte venatorio, desde sus orígenes nos encontramos con una invención condenable. Se dice que inventó este artificio, más bien maleficio, la gente tebana: parricida, detestada por incestuosa, insigne por sus engaños, conocida como perjura... Dice el Señor por medio del profeta: he aquí que envío a los cazadores y cazarán en todo el monte. Los prelados de la iglesia cazan en todo el monte cuando con su ciencia y doctrina se apoderan como de una presa de las ánimas perdidas. Los apóstoles enviados por toda la tierra molestaban a las fieras

con sus bastones mientras a imitación de su maestro, reprobando la hipocresía y la vacía observancia ceremonial de los fariseos, cada día cazaban muchos miles de hombres para la fe.

Tras estas explicaciones, resumidas y tal vez no demasiado bien traducidas, Juan Gil recuerda a su interlocutor que con lo dicho tiene materia más que suficiente para organizar los sermones y preparar sus cartas, refiriéndose a cada uno según su situación: pues los nobles y poderosos oprimen, desprecian y confunden a los pobres gracias a su poder y soberbia, si se trata de hablar para ellos o de escribirles una carta, tras el saludo obligado puede prepararse una epístola tomando como punto de partida las páginas dedicadas a la soberbia; del mismo modo puede escribirse a los usureros, envidiosos y bilingües... para todos los cuales hay material suficiente en ésta y en las demás obras de Juan Gil, según puede verse en el prólogo a la **Vida de las personas ilustres** en el que puede leerse: **Tras ordenar la Historia natural, eclesiástica y civil que recogí en el libro titulado Archivo o Armario de Escrituras y con más propiedad Mare magnum pues allí reuní y ordené por orden alfabético casi todos los saberes relativos a sermones, naturaleza, conocimientos eclesiásticos, morales y civiles, movido por el deseo de poner remedio a la ignorancia y desconocimiento de los hermanos me he animado a llevar a los oídos de quienes me lo pedían las vidas ejemplares de los personajes ilustres y de los santos, también en este caso siguiendo el orden alfabético.**

A la manera en que los pintores, imitando a la naturaleza con su arte, pintan con sus colores las imágenes de los cuerpos, animales y árboles, reyes y caballeros, rústicos y bárbaros, combates y peleas con sus torrentes de sangre, e imitando con su arte cuanto aparece en la naturaleza ofrecen a los espectadores una historia admirable, así yo, como un pintor más -ojalá pudiera decir como un buen pintor- me animé a pintar la virtud y la malicia tomando como ejemplo ora al pecador, ora al penitente, al que se mantiene en pie y al sentado, al vencedor y al vencido, al caído y al que se levanta, para que sus historias sirvan para refutar a los equivocados, informar a los principiantes y estimular a los iniciados.

Aquí hallarán los doctores y predicadores ejemplos atractivos para someter a los pueblos y súbditos a sus dirigentes, los menores a los superiores como sometidos están los ángeles unos a otros según su grado, orden y jerarquía y todos sometidos a un Jerarca de Jerarcas que es fin y principio de todo, alfa y omega⁸.

⁸ Sigo el texto latino incluido en el manuscrito 2310 de la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, págs. 20-22.

TEXTOS

Capítulo Primero

IV. Descripción general en las amonestaciones a los preladados. El que llama por su nombre a las cosas que son y a las que aún no existen, te llamó de súbdito a prelado, de hijo a padre, de discípulo a maestro; te llamó para que en casa de su madre seas no señor sino siervo fiel y prudente, abogado del pueblo y guardián de sus posesiones. Te puso allí el Señor para que sirvas de corrección a los príncipes, de erudición a los pueblos, de consuelo a los afligidos, de temor a los malvados, de liberación a los clérigos, de humillación a los soberbios, de tutela a los humildes.

Recuerda, te suplico, que tu llamada te ha de alejar de las antiguas costumbres y antes de vestir al hombre nuevo, despójate del viejo vestido. Pues canoso te has librado de la belleza de la edad pueril, has de renunciar a lo que es propio de los párvulos para que tus obras en ningún modo parezcan pueriles o blandas y en todo te muestres como varón perfecto en Cristo. Abrázate sobre todo a la humildad para que nada supersticioso aparezca en tu palabra, en tu gesto o en tu rostro.

“Príncipe te nombran” dice la sabiduría; “sé entre ellos como uno de ellos”. No pretendas singularizarte, no ejerzas dominio alguno. “Sed”, dice Pedro, “no señores sobre el clero sino ejemplo para el rebaño”. No te llamó Dios a la inmundicia para que pases tus días en la molicie y te ocupes de los cuidados de la carne sino para que ante todo y sobre todo desempeñes el sacerdocio. Que la humildad no te envilezca ni la dignidad te vuelva presumido. En la promoción de las personas el primer punto a considerar sea la eficacia, no la conversación de los súbditos. Verdaderamente Dios te llamó al honor y con él a las cargas que comporta. Has sido elegido obispo por Cristo para que le sirvas en el sacerdocio, para que hagas al pueblo aceptable a los ojos de Dios, para que seas instigador de buenas obras instruyendo al pueblo con la palabra y con el ejemplo.

Por esta razón, abandonada toda vanidad, procura llenar al pontífice de costumbres tales que te revistas de santidad para atender devotamente el oficio de la servidumbre al santo de los santos. Sé, te suplico morigerado de costumbres, férvido en el amor, manso en sociedad, clemente en el poder -pues inestable es el reino no robustecido por la clemencia-, firme en las promesas, fuerte en la paciencia, inclinado a la concordia, rígido en la censura. Sé recto en los juicios, moderado al hablar, discreto en el mando, generoso en la gestión, decidido en la acción, solícito en prestar ayuda, fiel en los consejos, circunspecto en las respuestas. Muéstrate respetuoso con los mayores, blando con los menores, manso con los iguales, rígido con los soberbios, benigno con los humildes, misericorde con los penitentes, inflexible con los obstinados. Sé un Juan para los incestuosos, Iehú y Matatías para los apóstatas, Finés para los fornicadores, Elías para los idólatras, Pedro para los mentirosos, Pablo para los blasfemos.

Puedes utilizar éstas y parecidas palabras, cambiados los casos y las personas, en la alabanza de los santos, de varones perfectos y de otras nobles personas⁹.

⁹ Ver nota 5.

Capítulo Tercero

Tras referirnos a las palabras que se han de usar con carácter general o de manera específica al hablar de los santos y grandes hombres, ahora dedicaremos este tercer capítulo a las palabras con las que se fustiga y describe a los hombres inicuos y criminales. Y como ocurre a veces que alguien describe con carácter general y en otros casos de manera particular, dividimos este tratado, como el anterior, en dos capítulos. En el primero describiremos los vicios de los malvados en general, en el segundo en particular, y aunque según Quintiliano, las mismas palabras, pronunciadas de una u otra manera juzgan, afirman, reprueban, niegan, admiran, se indignan, interrogan, ríen, educan y así sucesivamente, y así podría decirse también de las palabras laudatorias, describimos de este modo a los malvados.

I. Arenga general a los prelados respecto al aparato externo. Este hombre es verdaderamente un demente y el más tonto de los hombres, insulso en su fatuidad, lleno de admirable, impensable e innumerable demencia, fatuidad e ignorancia, carente de toda ciencia, vacío de toda inteligencia. La violencia lo dirige, la soberbia lo invita o infla, la rapacidad, la gula y la ebriedad lo intranquilizan, la crueldad lo estimula, la ambición le encanta, la libido lo precipita, la lujuria lo deshonra y lo chamusca; arde con gran concupiscencia, vana, superflua e inútil elocuencia y escasísima ciencia. Parlanchín, malhablado, estulto, hombre fastuoso, desobediente, obstinado, soberbio, avaro, borracho, adúltero, lujurioso, fornicador, incestuoso, libidinoso, devorador de sus bienes viviendo con meretrices, ladrones y pretendientes, hijo de perdición, destrucción, condena, reprensión, avaro, ladrón, sacrílego, hipócrita, simulador de palabra y engañador de sus amigos, difamador de los buenos y santos, detractor en voz baja, maledicente, vano, insensato, descompuesto, casi de ningún valor, bífido, ignorante de todo bien, conocedor de todo mal, cuyas orejas están erectas para oír el mal y sordas para escuchar lo bueno, sus ojos sublimes para ver los vicios, boca mala e inicua y siempre dispuesta para decir maldades y, si se tercia, falsedades; manos teñidas de sangre, pies veloces para correr hacia el mal, testigo falaz y perjuero, apóstata y perseguidor de los buenos y de los fieles de Cristo, homicida, parricida, envidioso, se alegra del mal ajeno, iracundo, contumaz, odioso, horrible a Dios y a los hombres, malicioso, presuntuoso, furioso, lleno de odio, inmundo, manchado de sangre, sembrador de discordias, levantando sobre todas las cosas lo que dice u ordena Dios, sospechoso, confuso, impúdico, impudoroso, deshonesto, irreverente. Vesánico, privado de la concordia de la unidad, contencioso, impugnador de la sacra fe, despreciador de los prelados, insultador despectivo de sus iguales, depravador de la vía de la justicia, de la prudencia y de la verdad, vacío y caduco, carente y rebelde a todo bien...

Considera detestable la vida de los prelados y magnates de vestidos pomposos, que caminan con la cabeza erguida, de mirada torva, de ojos crueles, terribles de cara, que dominan en el clero no como hace el pastor con su rebaño, cuyo dios es el vientre, cuya vida está sepultada en la muerte, mentirosos, charlatanes y soberbios, compañeros de los ladrones, no colegas de Pedro sino de Simón, discípulos no de Cristo sino de Nerón. Estos, mientras roban a los pobres, gravan a los monasterios y extorsionan al clero, mientras exigen impuestos y hacen venal la justicia de Dios, mientras ejercen negocios ilícitos, acumulan para sí el tesoro de la ira y de la muerte junto con el tesoro

monetario y pues no temen la justicia de Cristo lo tendrán como vengador. Puedes estar seguro de que si el prelado, una sola vez, se dejara llevar hacia estos hechos, **así como el perro no se separará del pellejo**, él sujeto por el pegamento de la malicia no podrá respirar y no volverá a la inocencia sino después de gran austeridad y penitencia.

Raramente se halla un prelado que no tenga junto a sí parientes que lo seducen y ablandan, que ungen con el óleo la cabeza del pecador y así es alabado el pecador en los deseos de su alma y el inicuo es bendecido. Son éstos los que, cuando ven el ánimo de su señor vacilante ante la tentación podrían con una palabra alejarlo del pecado y llevarlo a la virtud y en cambio con blandas palabras apagan en él el fuego, el espíritu de la virtud. Aunque escrito está **“No apaguéis el espíritu”**, los imbéciles rechazan y se oponen a los intentos de buenos propósitos: si el prelado se inclina hacia la continencia y se reafirma en la abstinencia, **Sé benévolo -dicen- contigo, señor. Los ayunos no son convenientes para los jóvenes; la excesiva aflicción de la carne produce enfermedades. Debes tensar la cuerda de forma que no se rompa. Todas estas cosas conviene dejarlas para los años de madurez. No somos mejores que nuestros padres. La mujer fue creada para el solaz. Al hombre y a la mujer les fue ordenado: “creced y multiplicaos y llenad la tierra”**. Ni tu virtud es de piedra ni tu carne de bronce. Dios no tiene en cuenta los pecados de juventud ni los errores de la adolescencia. El sueño, el juego y el fin de las preocupaciones son amigos de la naturaleza. Guarda buen castillo quien diligentemente conserva su cuerpo. Es temerario afligirse más allá de lo preciso. Raramente la religión depara ocasiones recomendables a los jóvenes; la edad avanzada redime suficientemente lo resbaladizo de la juventud; bastante tempestiva es la penitencia que se adelanta al día de la muerte. El ladrón se arrepintió en la cruz; nunca es tarde para arrepentirse mientras la muerte te coja arrepentido. Propio es de tu familia seguir las tendencias de la adolescencia y ser indulgente con los deseos; tendrás tiempo en la época de la madurez de emitir el olor de la suavidad.

Con éstas y otras palabras semejantes siembra la cizaña el hombre enemigo, pero la iniquidad le es engañosa.

II. Arenga general a los prelados en cuanto a la mutación de las costumbres. Dios te llamó al honor para que asumas las cargas no para la multiplicación de la familia o de los caballos, no para dar dignidades a los parientes sino para dar ciencia al pueblo. Mayor alegría produce a Dios y a sus ángeles la conversión de un pecador por obra de un prelado que si por su mediación la pompa de la eminencia episcopal aumenta en propiedades o en familia. No hay alegría entre los ángeles cuando hay subversión en la casa de los pobres, a los que exiges procuraciones inoportunas. Se quejan y dicen que multiplicaste la gente pero no magnificaste la alegría. Si realmente fueras discípulo de aquel que vino a servir y no a ser servido, servirías a los pobres de forma que no se vituperara tu ministerio, de manera que el patrimonio de Cristo y de sus pobres, que te ha sido confiado, se gaste en necesidades de los pobres y no en gastos extraordinarios. Vigilante de ese patrimonio es el Señor que te exigirá cuenta rigurosísima y te pedirá hasta el último cuadrante. Por esta razón irritó el impío a Dios. Dijo en su corazón: **“No exigiré cuentas”**. No te servirán de excusa ni la grandeza de tu generosidad ni tu numerosa parentela. Brevísimo es el tiempo de la vida temporal, el

fin horrible y único. Cuanto más alto es tu título de nobleza tanto más gloriosamente gustarás de las alabanzas si en el ministerio de Cristo superas en santidad a los que en generosidad trasciendes.

En la condición episcopal no hay término medio. O tu conversación es secular e infamante, o es santa y gloriosa ante Dios y ante los hombres. Nada ilustra o entenebrece tanto la vida del hombre como la autoridad pontifical. Inmediatamente trasciende o el buen olor hacia Dios o el rumor en el pueblo. Algunas gemas brillan más en la oscuridad que a plena luz; algunos fueron razonablemente válidos antes de recibir la dignidad, y constituidos en candelabro de la iglesia transforman la luz en tinieblas y la fama en infamia. Vulgarmente se dice que los honores ponen de relieve la forma de ser. Más les habría valido a muchos permanecer ocultos bajo el modio y bajo la sombra de una honesta opinión que transformarse en candelabro con infamia. Su torpeza permanecería oculta bajo la oscuridad de la pobreza si la dignidad no hubiese divulgado su condición. Se hizo público el honor y con el honor la infamia pues según el satírico **todo vicio del alma tiene en sí un crimen tanto más visible cuanto más alto se considera al pecador.**

Al pecador privado frecuentemente se perdona, pero si el prelado delinque las lenguas de todos se ceban en su infamia. Muchos creen, convencidos por otros, que su crimen está oculto, pero se equivocan peligrosamente. Sepa pues todo prelado que en todo tiempo él es infame. Está escrito que la voz del pueblo es la voz de Dios y no sin razón, desde mi punto de vista, por lo que la opinión común a nadie debería elevar a la prelación sino a quien recomendasen sus obras. Si tú quieres tener títulos de pública recomendación, esfuérzate en ser agradable a Cristo y a los hombres no por la multitud de riquezas sino por el número de gracias, no por el adorno de los vestidos sino por las virtudes que te adornen.

III. Arenga general a los prelados sobre la adulación y los aduladores. Ciertamente, el pueblo que te halaga induce a error. Créete, amigo carísimo, a Pablo doctor de las gentes y no al adulador. **Abstente, dice, de los deseos carnales que combaten al alma. Si viviéreis según la carne, moriréis,** con aquella muerte que no acaba nunca. La sabiduría de la carne que te lleva a lo ilícito es enemiga de Dios. Escucha las indicaciones de los aduladores y mira qué fruto obtendrás de su consejo. En los placeres de la carne rápidamente desaparece lo agradable y permanece sin fin lo que molesta. Rápidamente desaparece lo que vive, eterno será lo que atormenta. **¿Qué fruto hemos tenido, dice el apóstol, de las cosas que ahora nos hacen ruborizar?** Éstos son los compañeros de las obras de la carne: apetito de ansiedad y de insensatez, actos de abominación e inmundicia, salida de arrepentimiento y de ira. De todo aquello en que ofendemos a Dios nada queda sino la conciencia testigo de la inmundicia que se atormenta al recordar el pecado. Testigo el apóstol: **el fruto del pecado es la muerte.** Fruto, en cambio, de la justicia son la esperanza y la alegría en el Espíritu Santo. Has sido hecho discípulo no de Epicuro sino de Cristo, para que lleves sobre tu cuerpo la cruz de Cristo no para que te dediques al cuidado de la carne. Si has recibido el ministerio de Cristo, muéstrate en todo como ministro de Cristo para que el nombre de Cristo no sea blasfemado en tí. Aquel al que te propones administrar ha sido hecho santo, inocente, impoluto, el más alto en los cielos. **Sed santos, dijo, porque yo soy santo. Esta es, dice el apóstol, vuestra santificación, la voluntad de Dios,** y añade: **para que os abstengáis de la fornicación, de modo que cada uno sepa guardar su vaso...**